

Traducido del francés por Esteban Endrino y David Sanz

Algunas virtudes del Señor Jesús

Jesús fue bautizado por Juan en el Jordán. Y luego cuando subía del agua, vio abrirse los cielos, y al Espíritu como paloma que descendía sobre él. Y vino una voz de los cielos que decía: tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.

Marcos 1:9-11

El hombre que agradó a Dios

Jesús nació en un pesebre en Belén y creció en el hogar de José y María. Ya de joven aprendió el oficio de carpintero, pero fue un desconocido hasta la edad de treinta años. Poco antes de comenzar a enseñar en público, vino al Jordán para ser bautizado por Juan.

Es entonces cuando se produce un extraño acontecimiento al salir de las aguas: el cielo se abre, el Espíritu de Dios cae sobre él en forma de paloma y del cielo Dios el Padre hace oír su voz, que dice: 'Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia' (Mateo 3:17). Años más tarde, cuando la cruz se perfila en el horizonte, Jesús sube a un monte con tres de sus discípulos, y la voz del Padre se hace oír de nuevo para confirmar el placer que había hallado en Jesús (Mateo 17:1-5).

El primer hombre, Adán, ofendió a Dios, del mismo modo que todos sus descendientes. Pero Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, siempre hizo lo que agradó a Dios. Su vida entera contrasta con la del primer hombre. Tentado por satanás, Adán puso en duda la palabra y bondad divina; desobedeció a Dios, por orgullo y voluntad de independencia. Así fue como el pecado entró en el mundo

con sus tristes consecuencias; pero cuando Satanás tentó al Señor Jesús, no pudo desviarlo de su camino de perfección.

A continuación, desarrollaremos algunas de las perfecciones morales que ha manifestado nuestro Señor, desde su nacimiento hasta su muerte. Sí, Dios encontró finalmente su placer en un hombre, el hombre perfecto que era Jesús.

Jesús, el Hijo de Dios, fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.

Hebreos 4:14-15

Fuisteis rescatados por la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación.

1 Pedro 1:18-19

Su santidad

Jesús nació entre nosotros y se hizo ‘a semejanza de los hombres’ (Filipenses 2:7). Exteriormente no era nada distinto a los demás, pero había una diferencia esencial entre ellos y él; la Palabra de Dios se cuida de enfatizarlo. A diferencia de todos los descendientes de Adán, Jesús fue *sin pecado*: ‘Cristo... el cual no hizo pecado’ (1 Pedro 2:22).

La conducta de Jesús fue perfecta, siempre obedeció a Dios y jamás hizo mal alguno (Lucas 22:41). Cerró la boca de sus oponentes con preguntas como esta: ‘¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?’ (Juan 8:46). Al que *no conoció pecado*, por nosotros lo hizo pecado’ (2 Corintios 5:21).

El pecado era algo completamente extraño para este hombre puro y santo. Cuando cargó nuestros pecados para sufrir el juicio en nuestro lugar, el santo Dios lo castigó y lo abandonó. ¡El pecado es cosa grave a los ojos de Dios! ‘No hay pecado en él’ (1 Juan 3:5). Mientras que todos somos pecadores por naturaleza, el pecado no ha existido en la santa persona de Jesús. No tuvo en él eco alguno.

Sí, Jesús era perfecto en todos los aspectos. Fue el cordero para el sacrificio del cual ya habló Abraham (Génesis 22:8), ‘un cordero sin mancha ni defecto, preconizado desde antes de la fundación del mundo’ (1 Pedro 22:8) y reconocido por Juan el

Bautista, que le rindió un claro testimonio: '¡He aquí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!' (Juan 1:29).

Jesús, el cual siendo en forma de Dios, se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

Filipenses 2:6-8

Su humildad

Adán quiso enaltecerse y ser como Dios. Jesús, en cambio, como Hijo de Dios se anonadó para hacerse hombre.

Vivió como humano sobre la tierra que él mismo creó. Tenía el poder para hacerlo, lo sabía todo y dominaba todo. ¿Trató de ridiculizarnos con su grandeza? Jamás. No vino para ser servido, sino para servir (Mateo 10:45). Escogió como discípulos a personas, la mayor parte de ellos poco instruidos, y vino a ser siervo de ellos; hasta les lavó los pies (Lucas 13:1-15). Estuvo junto a los pobres, débiles e infelices para aliviarlos y jamás trató de hacerse admirar por los milagros que hacía (Juan 7:3,4). Cuando lo quisieron hacer rey, él se apartó (Juan 6:15). Fue tratado de bebedor y hasta de loco, como queda constancia (Lucas 7:34; Juan 10:20). Llamó a las gentes fatigadas de la vida: 'Venid a mí [...] que soy [...] y humilde de corazón' (Mateo 11:28,29); fue el más accesible de los hombres. Después de una vida de humildad, Jesús se rebajó hasta la muerte y obedeció a Dios. Le escupieron y le trataron indignamente, y para terminar fue condenado a muerte en una cruz entre dos malhechores. La crucifixión fue para el santo Hijo de Dios una humillación en extremo.

Sin embargo, Dios halló su placer en el humilde Jesús y se lo demostró: 'Por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo' (Filipenses 2:9). 'Dios, quien lo resucitó de entre los muertos y le ha dado gloria' (1 Pedro 1:21).

Y puesto de rodillas Jesús oró, diciendo: Padre, si quieres, pasa de mi esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.

Lucas 22:41-42

Jesús entonces dijo a Pedro: la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?

Juan 18:11

Su obediencia

Dios solo prohibió una cosa al primer hombre que había puesto en el maravilloso jardín: no debía comer la fruta de cierto árbol. Pero Adán desobedeció y escogió hacer su voluntad antes que la de Dios.

Como contraste, la conducta invariable de Jesús fue hacer la voluntad de su Padre: 'He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad' (Hebreos 10:7). Jesús dijo a sus discípulos: 'Mi comida es que haga la voluntad del que me envió y que acabe su obra' (Juan 4:34). Y vuelve a decir: 'He descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió' (Juan 6:38).

La desobediencia del primer hombre fue una terrible afrenta a Dios. Por su obediencia, Jesús le devolvió a Dios el honor que se le debía. No obedeció por compromiso, sino por amor: 'Para que el mundo conozca que amo al Padre, y como el Padre me mandó así hago' (Juan 14:31).

Siendo él mismo Dios, Jesús no tenía necesidad de obedecer. Pero tras hacerse hombre hizo lo que convenía a semejante condición: mostrar obediencia incondicional a Dios. Esta obediencia lo condujo a la cruz: 'Se humilló así mismo, haciéndose *obediente hasta la muerte*, y muerte de la cruz' (Filipenses 2:8). Dios fue completamente glorificado por la perfecta obediencia del hombre Cristo Jesús.

Jesús dijo: no puedo hacer nada por mí mismo; no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.

Juan 5:30

Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre, él me dio mandamiento de lo que he de decir y de lo que he de hablar.

Juan 12:49

Su sumisión

Al comer del fruto prohibido, Adán actuó de manera independiente de Dios, haciendo su propia voluntad, y sus descendientes a su vez se organizaron sin tener en cuenta a Dios. El hombre se considera su propio dueño y tiene derecho a hacer lo que quiere, sin tener a Dios presente. Jamás ocurrió así con Jesús. La voluntad de Dios guiaba toda su conducta; era su razón de vivir, su alegría. No hacía nada ni quería hacer nada sin él. El Señor comió, bebió, habló y actuó según la voluntad del Padre.

Antes del inicio de su servicio público, Jesús ayunó durante cuarenta días. Satanás, como sabía que tendría hambre, le sugirió utilizar su poder para transformar las piedras en pan. Sin embargo, Jesús nunca usaba su propio poder para beneficiarse. Él vivía por la Palabra de Dios y se alimentaba de ella.

Cuando es informado de que su amigo Lázaro está enfermo, espera una orden del Padre para ir de nuevo a esa amada familia. Cuando llegó, Lázaro llevaba cuatro días muerto. El Señor le resucitó y el Padre manifestó así la gloria de su hijo.

Poco antes de la crucifixión, Jesús se entrega a un terrible combate: Dios quiere salvar a los hombres, pero para ello Jesús debe llevar los pecados y sufrir el castigo. Él *no tenía ningún deseo de llevar eso a cabo*, ya que era completamente santo. Suplica entonces a su Dios con gran clamor y lágrimas (Hebreos 5:7) y le somete su voluntad, sobre todo para ofrecer su vida por nosotros.

Pero tú eres el que me sacó del vientre; el que me hizo estar confiado desde que estaba en los pechos de mi madre.

Salmo 22:9

Los principales sacerdotes le escarnecían con los escribas y los ancianos [...] confió en Dios.

Mateo 27:41-43

El justo en su muerte tiene esperanza.

Proverbios 14:32

Su confianza

Adán desconfió de Dios, y, como resultado, la humanidad perdió la confianza en su Creador. El mundo se ha organizado sin Dios; la desconfianza y la rebelión contra él forman parte de nuestro entorno. El pecado reina con sus consecuencias, y el hombre acusa a Dios por ello.

Es a este mundo que Jesús vino, confiando como hombre enteramente en Dios: Él es *su Dios* desde el vientre de su madre. Vela por él hasta el momento de su nacimiento. En el curso de su infancia, Jesús siempre confió en Dios. En el fondo de un barco duerme tranquilamente mientras atraviesa el ojo de la tempestad (Mateo 4:38). Supo decir: 'Yo confiaré en Él' (Hebreos 2:13). Antes de resucitar a su amigo Lázaro, dice lleno de confianza al Padre: 'Yo sabía que siempre me oyes' (Juan 11:42). Confiaba en la sabiduría paterna: 'Sí, Padre, porque así te agradó' (Mateo 11:26). Clavado en la cruz, sus enemigos se burlaban de él porque al parecer Dios le había abandonado (Mateo 27:46), pero su confianza no se desestabilizó (Proverbios 14:32). Por último, en el momento de expiar encomienda su espíritu en las manos del Padre (Lucas 23:46). Confía plenamente en que Dios velará por él y que no lo abandonará, ni siquiera en la muerte (Salmo 16:9,10). Su confianza no será defraudada. Dios le resucita y le hace sentarse a su diestra.

Jesús anduvo de lugar en lugar haciendo bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo.

Hechos 10:38

Y por la mañana volvió al templo, y todo el pueblo vino a él; y sentado él, les enseñaba.

Juan 8:2

Su dedicación

Jamás hubo sobre la tierra una persona más dedicada que Jesús. Lleno de compasión, se volcó incansablemente con los sufrimientos de todos aquellos a los que conocía. Nunca pensaba en sí mismo o en sus fatigas. Uno podía llegar a él a todas horas, tanto de día como de noche, pues a nadie rechazaba. Acoge a un jefe religioso que temeroso viene a él de anochecida. Responde a sus preguntas y le enseña cosas maravillosas (Juan 3). En otra ocasión, Jesús se sienta en pleno

mediodía junto a un pozo porque sabía que vendría una mujer con corazón sediento y él tendría un mensaje de salvación que darle (Juan 4). En la tarde de un día muy atareado, le traen a enfermos y a gente poseída por demonios.

Jesús arroja incansable los malos espíritus, cura a los enfermos y recibe a todos aquellos que lo necesitan (Mateo 8). Sus discípulos regresan de una misión con mucho que contarle. Entonces él les propone ir a un lugar tranquilo para descansar, pero la multitud que los sigue se entera hacia dónde van y corre delante de ellos. En lugar de rechazarlos para preservar aquel momento de legítimo descanso, Jesús se compadece de aquellas personas, ovejas que no tenían pastor, y las recibe para darles alimento (Marcos 6). Los sufrimientos y las numerosas y distintas necesidades de quienes el Señor conoció nunca le dejaron indiferente.

Siempre consagrado, respondía a todos y cada uno de ellos. Solamente él cumplía los mandamientos de la ley: 'Amarás a tu prójimo como a ti mismo' (Levítico 19:18).

Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo, antes bien, como está escrito: 'los que me vituperaban cayeron sobre mí'.

Romanos 15:3

El testigo verdadero libra las almas, mas el engañoso hablará mentiras.

Proverbios 14:25

Su fidelidad

Jesús era a la vez bondadoso y perfectamente fiel a Dios. No halagó a nadie y no eludía el deber de tener que hablar con severidad o lanzar reproches cuando era necesario. Nunca adornó la verdad para adaptarla al gusto del día y así evitar reacciones violentas. Su pensamiento no iba más allá de su palabra (Salmo 17:3); siempre estaba en perfecta sintonía con ella.

La fidelidad de Jesús era la expresión de su amor por Dios y los hombres. Nunca trató de complacer o de ser del agrado de nadie, únicamente le importaba la aprobación paterna. Cuando descubre el comercio que tiene lugar en el templo, la casa del Padre, vuelca las mesas de los cambistas. Lleno de celo, hace prevalecer ante todo el honor de Dios (Marcos 11:15-17).

Denuncia enérgicamente la hipocresía y las mentiras de los jefes religiosos, y por eso recurren a las críticas (Mateo 23). Cuando Pedro quiere disuadirlo de ir a la

tortura, Jesús le responde enérgicamente que su muerte era indispensable para la gloria de Dios y la salvación de los hombres (Mateo 16:21-23). Al reprocharles a los discípulos su falta de fe, los estimuló y enseñó que siempre podían contar con él.

Los hombres terminaron crucificando a este fiel testigo que les molestaba, pero Dios lo resucitó y lo glorificó.

En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas todos los que le recibieron, les dio potestad de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre.

Juan 1:10,12

Conclusión

Jesús fue un hombre sin pecado, siempre hizo la voluntad de Dios y confió en él contra todo pronóstico. Humilde de corazón, decía la verdad costara lo que costara. Se ocupó de todos de forma abnegada, a pesar de que tenía que morir. He aquí algunos rasgos del 'hombre Cristo Jesús' (1 Timoteo 2:6).

Pero ¿quién era Jesús, este hombre único? Alguien a quien crucificaron. Su muerte fue algo único, porque se hizo de noche en pleno día. Tres días después, salió de la tumba y ascendió a los cielos. Todo viene a decir que él estaba sobre la tierra: 'Dios manifestado en carne' (1 Timoteo 3:16), y que 'el amor de Dios por nosotros es que Dios envió a su Hijo al mundo para que vivamos por él [...] en propiciación por nuestros pecados' (1 Juan 4:9,10). Jesús dijo: 'La voluntad de mi Padre es que todo aquel que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna' (Juan 6:40).

¿Podríamos pasar página sin reconocer al Señor Jesús y creer en él para ser salvos? Él es 'nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo'.

Tito 2:13

Oude Sporen 2019

